

Miguel Angel Ferrando.
Profesor de la Facultad de Teología U. C.

Tiempos actuales, tiempos difíciles. Aproximación al testimonio del Nuevo Testamento

EL TEMA DEL FUTURO RECORRE, de alguna manera, todo el Nuevo Testamento. Está íntimamente ligado con los temas del tiempo y de la escatología. Hasta tal punto es un tema central, que un especialista tan lúcido e ilustre como C. Spicq define una y otra vez la vida cristiana por su referencia al futuro. La vida cristiana tiene de específico el ser “espera” (*attente*) de la vuelta del Señor Jesús con su cuerpo visible y glorioso. La actitud cristiana se define por las perspectivas escatológicas: es una expectación que reclama el máximo de atención y de lucidez. El sentido cristiano de la historia es la orientación hacia el futuro . . . prepararlo y prepararse a él (1).

Son muchas las maneras posibles de acercarse al Nuevo Testamento para interrogarle sobre el futuro. Enumero sólo algunas:

En primer lugar cabe preguntar: ¿Ha creído Jesús que el fin, la llegada definitiva y esplendorosa del Reino de los Cielos, era inminente? La discusión en torno a este punto es antigua y no vale la pena detenerse ahora en ella (2).

Otra pregunta posible es ésta: ¿Han esperado los primeros cristianos la vuelta del Señor glorificado para un futuro inmediato? Las respuestas son también múltiples y no del todo coincidentes en cada uno de los libros inspirados. De hecho, la realidad ha terminado imponiendo la persuasión de que la Parusía será, sí, inesperada, pero alejada del presente por un lapso incalculable y presumiblemente largo, según la concepción humana del tiempo y la manera de medirlo.

Una tercera pregunta versa sobre la naturaleza y características del cielo nuevo y de la tierra nueva, que inaugurará la segunda venida de Jesús en gloria y majestad. ¿Cómo va a ser la nueva Jerusalén, que desciende de lo alto como una joven esposa ataviada para su esposo? (Apc. 21, 1 sg) (3).

-
- (1) C. Spicq, *Théologie morale du Nouveau Testament* (Etudes bibliques), Paris, Gabalda 1965, vol I, 292-380. Cf. sobre todo págs. 298, 307, 309, 313.
 - (2) Cf. W. G. Kuenmmel, *Promise and Fulfilment. The Eschatological Message of Jesus* (Studies in Biblical Theology, First series 23), 3ª ed., London, SCM Press, 1974.
 - (3) M. Rissi, *The future of the World. An Exegetical Study of Revelation 19, 11-22. 15* (Studies in Biblical Theology, Second series 23), London, SCM Press, 1972.

Ninguno de los tres problemas me parece muy revelante en este instante. Estimo que Jesús no se engañó sobre la proximidad o lejanía del momento en que su Padre había decidido lo que sus discípulos llamaban la restauración del reino de Israel (Cf. Act. 1, 7).

Creo también que una buena parte de los primeros cristianos han deseado tan ardientemente ese momento, que lo han soñado como muy cercano. Pero ya vemos en Lucas una actitud mucho más realista, que cuenta con un "tiempo intermedio", un tiempo de la Iglesia, que debe ser vivido con esperanza y con paciencia (4).

Más oportuno me parece estudiar cómo visualizan los autores del Nuevo Testamento, y en especial el del Apocalipsis, la situación definitiva de la Iglesia, de la humanidad y de la creación entera. Conocer el fin ayuda sin duda a caminar por sendas adecuadas para llegar a él, pero tampoco me interesa ahora reflexionar sobre este asunto. Doy por admitido que lo que nosotros llamamos "el fin" va a ser el comienzo de una nueva situación de incalculable belleza y felicidad para todas las criaturas, exceptuadas unas pocas, que imagino van a ser eso, pocas.

Admitida, pues, la existencia de un "tiempo intermedio" relativamente largo, que corre desde la muerte y resurrección del Hijo de Dios hasta su segunda venida, es esto lo que ahora interesa averiguar: ¿Cómo es ese tiempo? ¿Cómo hay que vivirlo? Ese tiempo es "mi" tiempo. El tiempo intermedio es, para cada hombre, el de su vida y, por eso, creo que bien puede decirse que el tiempo intermedio es siempre, para cada uno de nosotros, el tiempo actual. Ahora bien, el tiempo actual de una generación es, de alguna manera, el tiempo actual de todas las generaciones, porque todas viven en el tiempo intermedio. Preguntarse por el tiempo actual, por mi tiempo, es, pues, me parece, preguntarse a la vez por el tiempo real de todos los hombres, incluidos los que aún no existen. Al interrogarme sobre el tiempo actual, sobre mi tiempo, me pregunto también por el futuro y mi respuesta condiciona inexorablemente mi conducta cristiana en la vida, mientras tengo tiempo. ¿Cómo, pues, caracterizan al menos algunos escritos del Nuevo Testamento ese tiempo actual de la Iglesia, de la humanidad?

TIEMPOS CRISTIANOS, TIEMPOS DIFÍCILES

La idea de calificar los tiempos cristianos como "difíciles" me la ha sugerido un texto de 2 Tim. 3, 1. En lo que se presume ser un testamento, advierte el apóstol Pablo a su discípulo Timoteo: "Sabe, pues, esto: en los últimos días (hemérais) va a haber momentos difíciles (kairoì jalepoi)". El adjetivo jalepós es usado sólo dos veces en el Nuevo Testamento, una en Mt. 8, 28 y otra aquí. En el primer evangelio caracteriza a los dos endemoniados gadarenos: estos hombres eran sumamente "jalepoi", es decir, peligrosos, como traduce la Vul-

(4) H. Gonzelmann, *El centro del tiempo* (Actualidad Bíblica 34), Madrid, Fax., 1974.

gata. En el Antiguo Testamento es también una palabra rara. Aparece en 2 Mac. 4, 16 y sirve para caracterizar la situación de aquellos sacerdotes judíos que “sin preocuparse de los sacrificios, corrían a participar en los juegos de la palestra, contrarios a la ley” y, “sin hacer ningún caso de los valores tradicionales, tenían, en cambio, en sumo aprecio las glorias griegas”. Esta conducta llevó a los tales sacerdotes a “una situación difícil” (jalepé perístasis), porque aquellos mismos cuyas costumbres emulaban “fueron sus enemigos y verdugos”. Los tiempos que aguardan a Timoteo son, pues, tiempos donde corre peligro desde la pureza de la fe hasta la integridad física.

Los tiempos cristianos son, por supuesto, algo más que tiempos difíciles. El tiempo en que vivimos ahora (nûn) es un momento (kairós) favorable, un día (heméra) de salvación (2 Cor. 6, 2). “Ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que estabais lejos, habéis sido puestos cerca por la sangre de Cristo” (Ef. 2, 13). Los momentos difíciles son también momentos de gracia, momentos victoriosos donde brilla la misericordia y el poder del Padre que, por la resurrección de su Hijo y el don del Espíritu, ya ha abierto para los hombres las puertas de la vida eterna, de la felicidad imperturbable.

Una vez más el Nuevo Testamento nos sorprende con una paradoja: el momento favorable es un momento difícil y el día de salvación es un día malo (Cf. Ef. 5, 16 y 6, 13). ¿El tiempo es así simultánea o alternativamente?

A propósito de esta paradoja del tiempo cristiano, favorable y peligroso, he tenido dos sorpresas. La primera, que hay muy poco escrito directamente sobre ella, al menos desde el punto de vista bíblico. La segunda, que son más numerosos e importantes de lo que yo imaginaba, los autores que insisten en la “dificultad” de los tiempos en que les ha tocado vivir.

El más antiguo de estos autores es nada menos que de la primera mitad del siglo II, y escribe así en la llamada “Epístola de Bernabé”: “Siendo, pues, malos los días (hemerôn oûn ousôn ponerôn) . . . y estando el poder en manos del Activo mismo, deber nuestro es inquirir las justificaciones del Señor” (5).

No parece que el Papa actual, Juan Pablo II, pueda ser tildado de hombre pesimista. Sin embargo, en su primera encíclica ha escrito: “Si en esta *difícil* y responsable fase de la historia de la Iglesia . . .” (6).

Finalmente, y bien cerca de nosotros en el espacio y en el tiempo, en una Declaración del Departamento de Opinión Pública, del Arzobispado de Santiago, fechada el 26 de enero de 1981, ha sido estampada esta frase: “La Iglesia pide a todos la tranquilidad y comprensión para sortear los *difíciles momentos* que vivimos”.

Queriendo no ser irrespetuoso con nadie, me vienen a la memoria unas palabras de San Agustín de Hipona: “Es verdad que encuentras hombres que protestan de los tiempos actuales y dicen que fueron mejores los de nuestros antepasados. Pero esos mismos, si se les pudiera situar en los tiempos que añoran, también entonces protestarían. En realidad esos tiempos pasados son

(5) *Epístola de Bernabé*, II,1.

(6) Encíclica *Redemptor hominis*, n° 22.

buenos, porque no son los tuyos... Así es que tenemos más motivos para alegrarnos de haber vivido en estos tiempos que para quejarnos de ellos" (7). Tal vez valga la misma observación para quienes piensan que cualquier tiempo futuro será mejor.

En las reflexiones que siguen dejo de lado una consideración directa del tiempo en cuanto favorable para centrarme en el tiempo en cuanto difícil. A propósito de los momentos peligrosos y de los días malos parece oportuno examinar al menos los puntos siguientes:

1. En qué consiste esa "dificultad" y esa "maldad".
2. Si puede ser calificado de malo y difícil todo el "tiempo intermedio", es decir, cada tramo de tiempo actual.
3. Cómo encarar unos tiempos de esa índole.

LA "MALDAD" DEL TIEMPO

Hay tres versículos en el corpus paulinum en que el siglo actual, el día y los días son calificados de "malos" (ponerol: Gal. 1,4, Ef. 5,16 y 6,13) y uno donde se afirma que hay o habrá momentos "difíciles" (jalepoi: 2 Tim. 3,1).

Antes que nada, ¿por qué son difíciles o malos?

Gal. 1,3s alude de pasada al hecho de que el mundo, considerado en su dimensión temporal (aión, siglo) es malo y esboza una explicación de por qué lo es: "Gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo, que se entregó a sí mismo por nuestros pecados, para arrancarnos del siglo malo presente, según la voluntad de Dios nuestro Padre" (8).

El siglo malo presente se opone sin duda a un siglo ausente, venidero, visualizado como perfecto. Para los judíos, esos dos siglos son sucesivos: el siglo bueno viene a sustituir al malo. Para los cristianos, el malo y el bueno son dos tiempos contemporáneos, lo que no deja de parecer extraño a primera vista. Este siglo malo se caracteriza por su oposición cualitativa más que cronológica al siglo bueno. Es decir, el tiempo de gracia anunciado por los profetas del Antiguo Testamento no se espera para un futuro indeterminado, sino que es ya presente, es ya una realidad ofrecida a todos los hombres por Dios Padre y por Jesucristo. El siglo actual es perverso en tanto en cuanto se deja dominar todavía por poderes hostiles a Cristo. En el caso de los gálatas, el siglo presente es malo para ellos, porque en vez de aceptar a Cristo con todas las consecuencias se dejan dominar todavía por la Ley, convertida ahora en el instrumento con que oscuros poderes invisibles quieren impedir la liberación realizada por la cruz de Cristo. Este siglo malo corresponde exactamente a aquella situación "cuando caminabais

(7) *Sermo* Caillau- Saint-Yves 2,92. 2ª lectura del miércoles de la XX semana del Tiempo ordinario.

(8) Cf. H. Schlier, *Der Brief an die Galater*, 4. Aufl, Göttingen, Vandenhoeck u. Ruprecht 1965. G. Schneider, *Carta a los Gálatas* (El NT y su mensaje 9), Barcelona, Herder, 1967.

conforme al siglo de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, al espíritu que ahora actúa en los hijos de la rebeldía" (Ef. 2,2).

Coherentemente con esta concepción acerca de la maldad del siglo actual, la liberación de él sólo puede consistir en la liberación de nuestros pecados, que realizó Jesucristo entregándose a sí mismo por ellos. En definitiva, es el pecado quien somete al hombre al dominio de un espíritu que actúa en los hijos de la rebeldía y que, por ejercer ese dominio, vuelve malo al tiempo.

En esta misma línea están las afirmaciones de la Carta a los Efesios: "Mirad, pues, con cuidado cómo andáis, no como necios, sino como sabios, redimiendo el momento, porque los días son malos. Por eso no os volváis insensatos, sino comprended cuál es la voluntad del Señor" (Ef. 5,15-17). "Por lo demás, fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos de la armadura de Dios, para que podáis resistir contra las asechanzas del diablo. Porque vuestra lucha no es contra carne y sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores del mundo de esta tiniebla, contra los seres espirituales de la maldad, que están en las alturas. Por lo cual, echad mano de la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, tras haber vencido todo, manteneos en pie" (Ef. 6,10-13) (9).

En el primer pasaje invita el apóstol a sus lectores a poner su conducta en sintonía con la voluntad de Dios, para cumplirla. No preocuparse de conocer esa voluntad es una insensatez, propia de no-sabios. Y ¿cómo se comportan los sabios? Redimiendo el momento, porque los días son malos. Los "días" son, interpreta Schlier, el siglo malo presente, aludido en Gal. 1,4. Son "los últimos días" de 2 Tim. 3,1, Sant. 5,3 y Mt. 24,19ss. Estos últimos días son precisamente el momento, el kairós, que ahora están viviendo los destinatarios de la carta, un tiempo de decisión (cf. Rom. 13,11), un tiempo adecuado y oportuno para ser salvados (cf. 2 Cor. 6,2). Sin embargo, y a pesar de todo, son unos días malos, un tiempo que hay que redimir.

¿Por qué son malos? Pablo va a decirlo con toda claridad unas líneas más adelante: son malos, porque son días en los que el Malo (ho ponerós: Ef. 6,16) ejerce su influjo. Redimirlos significa vivirlos de tal manera que el creyente, comportándose como sabio y no como necio, opta de una manera eficaz por el cumplimiento de la voluntad de Dios (10).

No creo que sea ésta la ocasión de entrar en una exégesis detallada de Ef. 6,10ss. Sólo el determinar quiénes son los principados, las potestades, los dominadores del mundo de esta tiniebla y los seres espirituales de la maldad, y cómo se relacionan con el diablo, nos llevaría demasiado lejos (11). Baste hacer notar que se trata de seres diabólicos, íntimamente ligados a aquél que Jn. 14,30 llama "el príncipe de este mundo" y 2 Cor. 4,4 "el dios de este siglo".

(9) Cf. H. Schlier, *Der Brief an die Epheser*, Ein Kommentar, 5. Aufl, Düsseldorf, Patmos, 1965, 242-45 y 288-94.

(10) Exagorázein, redimir, es un verbo poco usado. En Gal. 3,13 y 4,5 es Cristo quien nos redime de la sumisión a la Ley. Col. 4,5 es paralelo a Ef. 5,16.

(11) Cf. M. A. Ferrando, *Cristianismo y poder civil* (Selección bíblica 14), Madrid, Casa de la Biblia, 1965, 105-140.

El diablo es el dominador, el príncipe, el dios únicamente del “siglo” y del “mundo”, es decir —como comenta Santo Tomás de Aquino—, únicamente “de aquellos que viven según el siglo. No es su dios porque hayan sido creados por él, sino porque le imitan con sus malas obras. Es Satanás quien les ciega sugiriéndoles el mal y arrastrándoles al pecado. Cuando ya están hundidos en sus culpas, los cubre de tinieblas para que no vean” (12). Para los que se le someten, el diablo llega a ser un verdadero dios, a quien se ofrecen sacrificios (1 Cor. 10,20) y el homenaje de la adoración (Apc. 9,20). Este culto desemboca en un abnegado servicio a la causa del mal, de manera que los pecadores, los falsos profetas, sobre todo, llegan a desempeñar la triste función de “ministros” de Satanás (cf. 2 Cor. 9,15). El verdadero poder de éste es sólo el de tentar. El resto depende de lo que el hombre quiera libremente hacer.

En esta perspectiva resulta claro qué días son malos y por qué lo son. Son malos los días en que los esbirros visibles e invisibles del diablo actúan de tal manera que ponen a los hombres en peligro de no ser fieles a la voluntad de Dios. Esta acción devastadora reviste formas muy diversas, pero pueden resumirse en dos. Por un lado, es la persecución violenta, la agresión física. Por otro, es la propaganda sutil y mendaz, que siembra dudas en los corazones y arruina la confianza en Dios y en su palabra. La primera es propia de poderes tales como el poder político endiosado, del que la primera bestia del Apocalipsis es el más alto exponente (Apc. 13,1-10). La segunda es la labor específica de los falsos profetas, cuyo ejemplar más conspicuo es la segunda bestia (Apc. 13, 11-17. Cf. 16,13, 19,20 y 20,10).

El último texto que me había propuesto considerar es el de 2 Tim. 3,1-17 (13): “Sabe, pues, esto: en los últimos días va a haber momentos difíciles”. Unas líneas más arriba he hecho notar lo poco usado que es en el Nuevo Testamento el adjetivo “jalepós”, que puede traducirse tanto por “difícil” como por “peligroso”.

Este versículo abre una larga sección en la que Pablo instruye a Timoteo sobre los peligros y dificultades que el futuro le tiene reservados (corrupción moral, doctrinas erróneas, persecuciones) y sobre la manera de resistirlos (fidelidad a la Sagrada Escritura): versículo 1 al 17.

Aquí no explicita el autor de la carta que los tiempos vayan a ser malos por influjo del demonio, sino porque surgirán, seguramente en el seno de la comunidad cristiana, “hombres egoístas, avaros, fanfarrones, orgullosos, difamadores, rebeldes a los padres, ingratos, impíos, sin corazón, implacables, calumniadores, gente descontrolada, crueles, enemigos de lo bueno, traidores, temerarios, engreídos, más amigos del placer que de Dios, fingidamente piadosos . . . Hombres que se introducen en las casas y cautivan a pobres mujeres cargadas de pecados . . . Hombres que se oponen a la verdad, de inteligencia pervertida, reprobados en materia de fe”.

(12) Santo Tomás de Aquino, *II ad Cor. lect. IV, 2*.

(13) Cf. C. Spicq, *Saint Paul, Les Epîtres Pastorales* (Etudes bibliques), 4ème éd., Paris, Gabalda, 1969, vol 2, 771-790. P. Dornier, *Les Epîtres Pastorales* (Sources Bibliques), Paris, Gabalda 1969, 223-235. J. Reuss, *Segunda carta a Timoteo* (El NT y su mensaje 16), Barcelona, Herder, 1970, 64-74.

Timoteo no debe sorprenderse de que las cosas sean así. El mismo Pablo ha sido víctima del sufrimiento y de la persecución, a pesar de su talante comprensivo y de su amor. En definitiva, “todos los que quieran vivir religiosamente en Cristo Jesús (como buenos cristianos) serán perseguidos”.

Spicq ha hecho un estudio acucioso del significado preciso de cada uno de los duros términos que Pablo endilga a quienes se alejarán de la sana doctrina. Nótese tan sólo que esta sección prueba una vez más que la vida de los primeros cristianos, como la de los segundos y terceros, estaba lejos de ser ideal, amenazada siempre por la herejía y por la apostasía. La palabra de falsos doctores, al estilo de Himeneo y de Fileto, cundirá en la comunidad de Timoteo como una gangrena (2, 17) y será el germen de la corrupción de costumbres que se manifestará en “los últimos días” para colmarlos de “momentos difíciles”. Así, pues, para Pablo los momentos difíciles no son ahora consecuencia de catástrofes cósmicas, sino de la maldad humana que, al destruir la verdad, destruye la religión y la moral.

Los resultados que arrojan estas escuetas reflexiones sobre la maldad o dificultad del tiempo según Gál., Ef. y 2 Tim., me parece que coincidirían con los de un estudio sobre la tribulación (*thlipsis*), palabra y tema muy presente a lo largo de todo el Nuevo Testamento. Señalo sólo unos pocos lugares particularmente expresivos:

— En los discursos escatológicos de Jesús: “Aquellos días” serán de gran “tribulación” (Mc. 13, 19 y 24). Hay en estos discursos una relación explícita entre la tribulación, la entrega de los creyentes a los tribunales y el surgimiento de falsos mesías y falsos profetas (cf. vers. 8s y 21).

— En el discurso de despedida o sermón de la cena: “En el mundo tendréis tribulación” (Jn. 16, 33).

— En los Hechos de los Apóstoles: Pablo y Bernabé confirman al término de su primer viaje apostólico el ánimo de los discípulos “exhortándolos a permanecer en la fe y diciéndoles que por muchas tribulaciones tenemos que pasar para entrar en el reino de Dios” (Act. 14, 22).

— En el Apocalipsis: Antes de la ruptura del séptimo sello, el autor contempla atónito “una muchedumbre inmensa que nadie podía contar, de toda nación y tribus y pueblos y lenguas, que estaban de pie ante el trono y ante el Cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en las manos”. Uno de los ancianos explica al vidente quiénes son: “Estos son los que vienen de la gran tribulación y lavaron sus vestidos y los blanquearon en la sangre del Cordero” (Apc. 7, 9-17). La tribulación, que ha llegado hasta el punto de cobrar vidas humanas, es aquí la persecución de los emperadores romanos contra los cristianos, persecución provocada por el hecho de que éstos no han querido adorar al poder político endiosado (cf. 13, 7-11 y 14, 1-13).

A propósito de Apc. 13, una última observación. La segunda bestia, símbolo de todas las teorías pretendidamente científicas que tratan de justificar la existencia del poder endiosado, “seduce a los que habitan sobre la tierra con los prodigios que le fue dado obrar en presencia de la (primera) bestia, diciendo a los que habitan sobre la tierra que hicieran una imagen en honor

de la bestia que tiene la herida de la espada y revivió" (Apc. 13, 14). Eduard Schick comenta así este versículo: "Mientras el verdadero Mesías se niega explícitamente a probar con signos maravillosos su misión divina (Mt. 4, 1-11), el falso profeta... realiza milagros espectaculares... Semejantes cosas no necesitan ser absolutamente hechos extranaturales para llevar a los hombres a admirarse y a admirar a los que tienen tal poder. Se puede pensar que hoy día también 'milagros' de la ciencia y de la técnica, realizaciones nada comunes para el bien de la comunidad humana —los 'milagros' sociales—, hagan la misma impresión y logren el mismo objetivo" (14).

Para el autor del Apocalipsis la maldad o la bondad de los tiempos no se mide por el nivel del progreso tecnológico. Los días pueden ser pésimos si ese progreso, espléndido en sí, se pone al servicio de una mala causa, aunque sea con la complacencia de los "habitantes de la tierra". El poder seductor de la ciencia, manipulado por una bestia apocalíptica, será tanto más deletéreo cuanto mayor y más eficaz sea.

En resumen, los días son malos en la medida en que en ellos se hace sentir el influjo de los oscuros poderes tras los que se oculta el demonio. Este influjo es ejercido por hombres que han cedido a la tentación, que a causa de sus pecados se han convertido en eficientes instrumentos del seductor por antonomasia (cf. Apc. 10,9 y 20,10). Estos pecadores se caracterizan por su odio a la verdad. No pueden aceptar la palabra de Dios. Imitan a su jefe y padre, que es mentiroso y padre de la mentira, que es homicida desde el principio (Jn. 8,44). Por eso el odio a la verdad conduce insensiblemente al odio a la vida. Quien acepta al diablo por jefe, termina matando de una u otra manera. Esto es particularmente sensible cuando los reyes de los pueblos aceptan adorar al diablo y recibir de él su poder (Cf. Apc. 13).

LOS TIEMPOS DIFÍCILES SON ACTUALES Y, POR TANTO, FUTUROS

El título de esta sección podría haber sido también de la manera siguiente: Los tiempos difíciles son futuros y, por eso mismo, actuales.

En la sección anterior he dejado de lado la discusión en torno al carácter presente o futuro de los días malos y del tiempo difícil. Eso es lo que ahora pretendo aclarar someramente.

Los textos bíblicos arriba citados dejan en el lector la impresión de que los días malos son los "últimos", es decir, días futuros, días que todavía no han llegado. Ahora bien, ¿a qué distancia cronológica se sitúa ese futuro? Pareciera que esa distancia es muy corta.

Jesús pone en guardia a sus discípulos, en los discursos escatológicos y en los de despedida, para que la tribulación, con su cortejo de autoridades hostiles y falsos profetas, no les pille desprevenidos. Es inimaginable que Jesús o los evangelistas se dirijan a un público abstracto, ajeno en absoluto al tema tratado. En otras palabras, las advertencias de Jesús han sido recogidas por

(14) E. Schick, *El Apocalipsis* (El NT y su mensaje 23), Barcelona, Herder, 1974, 172.

la Iglesia primitiva, porque se referían a ella, porque las dificultades de toda índole eran ya una realidad que comenzaba a ser agobiadora.

Entiendo que para el autor de la Carta a los Efesios, los días malos, el momento que importa redimir, el día temible del combate contra los espíritus demoníacos, es precisamente el momento en que viven los destinatarios de su exhortación. San Pablo lo dice con meridiana claridad en el saludo de su carta a los conflictivos Gálatas: el malo es el "siglo" que esta ahí delante (enestôtos), no otro. Sólo en 2 Tim. 3,1 afirma Pablo que los momentos difíciles serán realidad en unos días calificados de "últimos". Pero "últimos" no es sinónimo de "cronológicamente lejanos". Timoteo no va a tener que esperar mucho para zambullirse en ellos, puesto que ya están actuando quienes van a encargarse de hacerlos bien actuales.

Las reflexiones del Apocalipsis carecerían igualmente de sentido si no se dirigieran a hombres que pasan por circunstancias en que se juegan hasta la vida, y algunos la pierden. O pierden la fe, que es todavía peor. Hace tiempo que pasó a la historia la exégesis fácil y no comprometedora que desplazaba las luchas del Apocalipsis a un futuro lejano e incierto. Estos textos, como todos los del Nuevo Testamento, hablan a hombres concretos. Por ese motivo abordan problemas concretos y se inspiran en las situaciones concretas que los suscitan. No queda excluido que las tribulaciones y los combates escatológicos alcancen una especie de paroxismo en los tiempos cronológicamente próximos a la segunda venida de Cristo, pero son ya actuales para las comunidades del siglo I, a quienes se dirigen los autores inspirados.

Ahora bien, ¿esos autores se dirigen sólo a sus lectores más inmediatos o a toda la Iglesia? ¿Tienen sus palabras un alcance puntual, que las hace válidas únicamente para el siglo I o para los días previos a la Parusía? ¿Las afirmaciones sobre los días malos y el momento difícil se refieren a todo el tiempo que media entre la resurrección de Jesús y su venida en gloria y majestad?

Pienso que la respuesta es categórica: el Nuevo Testamento contiene un mensaje que es siempre actual, aun cuando su origen haya estado condicionado por circunstancias históricas muy concretas. Pablo VI decía en 1974 a los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica: "Es justo decir que si la Palabra de Dios ha convocado y engendrado a la Iglesia, también ha sido la Iglesia quien ha sido de alguna manera la matriz de las Escrituras Santas. Esta Iglesia que ha expresado o reconocido en ellas, *para todas las generaciones futuras*, su fe, su esperanza, su regla de vida en este mundo" (15).

La palabra de Dios que día tras día se lee en la sagrada liturgia tiene algo más que un valor arqueológico o estético. Es una palabra viva que se dirige siempre a los hombres concretos de una Iglesia bien localizada en el espacio y en el tiempo, para alentar e iluminar su concreto caminar de cada día.

La palabra de Dios, hecha palabra humana en la Escritura, a semejanza de la Palabra eterna del Padre hecha carne en Jesús, es siempre "hoy": "Jesu-

(15) Texto francés en *L'Osservatore Romano*, 15 marzo 1974.

cristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos" (He. 13,8). Y porque esta palabra es siempre actual, es también una palabra que ilumina el futuro de la Iglesia en toda su extensión (16).

En consecuencia, la Iglesia vive y vivirá siempre momentos difíciles. Esta afirmación, es cierto, admite muchos matices. En un mismo tiempo astronómico pueden ocurrir cosas muy diferentes en las diversas Iglesias locales: unas gozarán de paz, mientras otras están amordazadas y perseguidas. Lo mismo vale de los creyentes individualmente considerados: unos son tratados con respeto, mientras otros dan testimonio con su sangre. La misma persona tiene en su vida días radiantes y días en los que puede suplicar como Jesús y con él: "Padre, sálvame de esta hora" (Jn. 12,27). En todo caso, el futuro que Jesús y todos los autores del Nuevo Testamento ofrecen a la Iglesia no es el de una vida fácil y sin problemas. Hasta el final hay y habrá días malos, momentos peligrosos, tiempos recios.

CÓMO ENCARAR LOS TIEMPOS DIFÍCILES.

La manera de hacer frente a los días malos dependerá de la vocación personal de cada cristiano y de las circunstancias específicas por las que ese momento se ha vuelto difícil. A pesar de eso, séame permitido hacer algunas someras observaciones sobre cómo encarar los inevitables tiempos difíciles que aguardan a todos y a cada uno de los hombres.

Creo que una actitud fundamental es la virtud que los autores sagrados llaman "hypomoné": constancia, paciente perseverancia, aguante. El término aparece 32 veces en el Nuevo Testamento: donde menos en los evangelios (2 veces en Lc.) y donde más, 7 veces, en Apc. (17). Es la cualidad característica de los que resisten los ataques del poder endiosado: "Aquí está la paciente perseverancia y la fe del pueblo santo... La paciente perseverancia del pueblo santo, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús (Apc. 13,10 y 14,12).

Esta paciencia, esta constancia, sugiere la imagen de un soldado fiel a su puesto o que no huye en el combate. Indica una conducta varonil, ajena a la cobardía y a la pereza. Uno de los componentes esenciales de la hypomoné es

- (16) Los autores inspirados participan de un carisma en alguna manera profético. Profeta en sentido estricto no es el que predice el futuro, sino el que ve los acontecimientos presentes desde el punto de vista de Dios, y descubre por eso en la historia a modo de constantes que se repiten una y otra vez. El autor del Apc. ve en la realidad concreta de una persecución —la de Nerón o Domiciano— los rasgos esenciales de todo poder perseguidor de la Iglesia, perseguidor porque se ha entregado al diablo y ha querido ponerse en lugar de Dios.
- (17) Cf. C. Spicq, l. c. nota 1, 353-380: Además de la hypomoné, término que traduce por "force", señala como conductas o actitudes del que espera el porvenir: la oración, la pobreza y el trabajo. H. Schlier, *Die Geschichte nach der Offenbarung Johannis*, en *Die Zeit der Kirche*, 4. Aufl. Freiburg, Herder, 1966, 273f. J. Moltmann, *Esperanza y planificación del futuro* (Verdad e imagen 21), Salamanca, Sígueme, 1971: "La esperanza se dedica a descubrir y cargar sobre sus hombros el sufrimiento... Esperar y no desanimarse jamás" (págs. 419 y 422).

la serenidad ante las sorpresas que depara el acontecer histórico. El cristiano paciente y advertido no se extraña ni se desespera porque de repente se le vienen encima tiempos difíciles. Cuenta de antemano con ellos y sabe que son transitorios. Sabe que, en definitiva, el tenebroso poder que los trae ha sido ya vencido por Cristo. Es, pues, cuestión de aguantar, de armarse de paciencia y, por supuesto, de no dar el brazo a torcer, de no plegarse a la tentación de adorar a los poderes endiosados. Hace falta mucha *hypomoné*, mucha fuerza para no consentir que el amor se enfríe en situaciones de "anomía", es decir, de deshumanización y de arbitrariedad (cf. Mt. 24,12, en un contexto escatológico).

Otra actitud que me parece importante es la de un peculiar optimismo. No sé cuál es el término griego exacto que lo define, pero aunque no sepa encontrarlo literalmente en el texto bíblico, me parece que ese optimismo está inspirado en él. Se trata de un optimismo que nace de la certeza de que es posible hacer algo importante para configurar un futuro, y un presente, menos difícil. Ese optimismo es propio de los "sabios" (en el sentido de Ef. 5,15), es decir, de quienes saben cómo funcionan las cosas por dentro. La bondad o malicia de un tiempo dado no se mide tanto por el nivel de progreso tecnológico cuanto por el de la fidelidad a la verdad y a la voluntad de Dios. Vale la pena, sí, esforzarse por hacer avanzar las ciencias y las artes que permiten al hombre dominar cada vez mejor las fuerzas de la naturaleza creada. Pero, hasta humanamente hablando, vale también la pena, y quizá más, el anunciar la palabra de Dios con la fuerza del Espíritu. La Iglesia presta un incalculable servicio a toda la humanidad por el hecho de ser fiel al ministerio de la verdad y de la caridad. Ella hace presente en el mundo, por la predicación y por los sacramentos, la fuerza de Cristo resucitado, que vence a los poderes que pugnan por sustituirse a Dios.

La Iglesia da al César y a todo lo humano lo que por voluntad de Dios les corresponde, pero se niega a darles lo que es de Dios, si acaso alguna vez se atreven a reclamarlo. La peculiar eficacia de la acción de la Iglesia en favor de los hombres presentes y por venir radica en la fidelidad a su misión de ser "columna y soporte de la verdad" (1 Tim. 3,16). Creo que para el Nuevo Testamento la genuina redención o liberación del hombre no depende en primer lugar de instituciones humanas, sino de la obediencia a la voluntad de Dios. Las estructuras teóricamente más perfectas pueden ser las más inhumanas si son referidas a algo o alguien que reclama para sí lo que es exclusivo de Dios: el ser un Absoluto.

Finalmente, siempre que se habla de la fidelidad a la voluntad de Dios, esa fidelidad que redime el momento presente (Ef. 5,16), surge en el horizonte el mandamiento del amor, con todas sus exigencias. "Jesús redujo toda válida actividad humana al amor. Y el amor, se apresura Pablo a añadir, edifica" (18). El amor del que ama a los enemigos. El amor del que excluye toda forma de

(18) G. Montague, *Teología Bíblica de lo Secular* (Teología y Mundo Actual 9), Santander, Sal Terrae, 1969, 71.

violencia y de avasallamiento. El amor que empuja a establecer un orden jurídico claro que defienda a los débiles de los caprichos e improvisaciones de los fuertes. El amor del que va más allá de la justicia establecida, porque el orden jurídico es en cada momento tan sólo una conquista provisional y perfectible del amor. El amor que, como Jesús, es paciente y afable, humilde y cortés, capaz de disculpar y de soportar, el amor a quien entristece la injusticia y alegra la verdad (cf. 1 Cor. 13, 4-7).

DEBATE

- * ZAÑARTU pregunta por la influencia que tiene la idea de los últimos tiempos en la concepción de los tiempos difíciles. Recuerda que para la Apocalíptica, a medida que se acerca el desenlace y la batalla final, los tiempos se van haciendo más difíciles, porque se acrecienta la lucha.

FERRANDO responde diciendo que no tiene plena claridad al respecto; que hay periódicamente momentos de paroxismo de esa lucha, en los que se percibe más claramente el influjo de los poderes de las tinieblas, del poder del pecado, como pudo ser, por ejemplo, el tiempo de la caída de Jerusalén, Lutero veía las bestias del Apocalipsis en el Emperador Carlos V y el Papa. Schlier, en un comentario de 1935, ve en el nazismo al Anticristo. Quizá no se puede afirmar de esos u otros personajes históricos que sean exactamente la bestia del Apocalipsis; pero no cabe duda de que, en cuanto hay hombres que se endiosan, ellos de alguna manera las encarnan.

- * En las dos ponencias bíblicas ve LLONA un análisis muy rico, que confirma ciertos principios básicos recogidos por la Iglesia, como la bondad de la Creación, a la vez que la radical ambigüedad de todo tiempo histórico; la necesidad de reconocer la soberanía de Dios y no poner la acción humana como absoluto; que la imaginación y el trabajo del hombre por transformar la tierra es algo que lo asemeja a Dios. Pero le parece que no se ha abordado el problema del progreso, que es el que nos ha traído al Seminario. ¿Puede la SE arrojar alguna luz sobre la idea de una historia que progresa? Habría que preguntarse también qué significa progresar y si todas las cosas son susceptibles de progreso. Los principios recién señalados han sido insuficientes para abordar este problema.

MORENO comparte esta inquietud. Al mismo tiempo, pone en guardia contra la idea de que se pueda encontrar en la SE algo sobre las realidades del progreso actual, como por ejemplo la ingeniería genética. El discernimiento de lo bueno y de lo malo de estos progresos tiene mucho de profético.